

6  
823  
9

PR 4569  
.A67  
V5  
V.3



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
BIBLIOTECA ALFONSO REYES MARIA  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor

TOMO TERCERO

CAPITULO XL

*Donde se ve á Mr. Pickwick en una nueva escena del gran drama de la vida.*

El resto del tiempo que Mr. Pickwick había destinado á su estancia en Bath, pasó sin que ocurriera nada notable. El término de la trinidad empezaba, y antes de que concluyera la primera semana, Mr. Pickwick, de vuelta en Londres con sus amigos, fué á establecerse al hotel de *El Buitre*.

Tres días después de su llegada, precisamente cuando los relojes de la ciudad daban las nueve de la mañana, estaba Sam en el patio, cuando vió llegar á la puerta del hotel á un extraño vehículo pintado recientemente, y del cual saltó ligeramente un hombre extraño también, que dió las riendas á un hombre gordo que venía sentado junto á él.

Aquel vehículo no era precisamente un tilbury ni un faetón; no era lo que se llama vulgarmente una berlina, ni un cupé, ni carricoche, ni un carretón, y sin embargo, tenía algo del carácter de estas máquinas.

Su caja estaba pintada de amarillo claro, sobre el cual se destacaban en negro las ruedas; el conductor estaba sentado según el estilo clásico, sobre cojines apilados; el caballo era bayo, de buena presencia; pero tenía un aire de mal tono, que cuadraba perfectamente al vehículo y al que iba dentro.

El amo mismo era un hombre de unos cuarenta años, con cabellos negros, arreglados cuidadosamente; vestía

con singular esmero, y llevaba muchas piedras preciosas, tres veces mayores que las que suele llevar generalmente un caballero. Estaba envuelto en un ancho redingote peludo.

En cuanto bajó metió la mano izquierda en uno de los bolsillos de su redingote, mientras con la derecha sacaba de otro bolsillo un pañuelo muy brillante, del cual se sirvió para quitarse el polvo de las botas.

Mientras este personaje bajaba del coche, Sam notó que otro personaje, vestido con un viejo redingote pardo sin botones, atravesó la calle y se paró quedando inmóvil en la puerta.

—Vamos, mozo — dijo el caballero con tono imperioso, tratando de empujar á Sam.

—¡Vamos, mozo! ¿qué es esto? — replicó Sam, devolviéndole el empujón con el interés compuesto.

—Vamos, vamos, mozo, cuidado con lo que haces — replicó el desconocido alzando la voz y poniéndose blanco; — ¡aquí, Smouch!

—¿Qué hay? — gruñó el hombre del redingote pardo, que durante aquel corto diálogo se había acercado gradualmente al patio.

—Este joven, que es un insolente — dijo el principal empujando á Sam de nuevo.

—Basta de tonterías — dijo Smouch empujando á Sam más fuerte aun.

Aquel cumplimiento tuvo el resultado que esperaba el hábil Mr. Smouch, porque mientras Sam, apresurado á responder, le estrujaba contra la puerta, el principal se colaba dentro, penetrando hasta el mostrador; Sam le siguió inmediatamente, después de haber cambiado con Mr. Smouch algunos argumentos, compuestos principalmente de epítetos.

—Buenos días, querida — dijo el principal dirigiéndose á la joven del mostrador; — ¿dónde está la habitación de Mr. Pickwick?

—Guiadle — dijo la joven al mozo, sin dignarse mirar al elegante.

El mozo se puso en marcha seguido del personaje; Sam venía detrás, y por todo lo largo de la escalera se desahogaba con innumerables gestos de desafío y desdén supremo, causando gran satisfacción á los criados y demás espectadores de la escena. Mr. Smouch, que se vió turbado por un golpe de tos, se quedó abajo y espectador en el patio.

Mr. Pickwick estaba profundamente dormido en su lecho, cuando el visitador matinal entró en su cuarto, siempre seguido de Sam; el ruido de aquella intrusión le despertó.

—Agua para afeitarme, Sam — dijo sin abrir los ojos.

—Sí, sí, vamos á afeitarnos, Mr. Pickwick — dijo el desconocido apartando las cortinas del lecho; — tengo una orden de prisión contra vos; he aquí la sentencia dada por los tribunales.

Diciendo esto, el oficial del sheriff, porque tal era su título, dió un amistoso golpecito en el hombro de mister Pickwick, después puso el papel sobre la cama, y sacó del bolsillo del chaleco un mondadientes de oro.

—Namby es mi nombre — continuó mientras Pickwick tomaba sus espejuelos y se los ponía para leer la sentencia; — Namby Bell Aley, calle de Coleman.

Entonces Sam, que tenía los ojos fijos en el resplandeciente sombrero de Mr. Namby, le interrumpió.

—¿Sois cuáquero? — le preguntó.

—Yo os haré saber lo que soy antes de salir de aquí — respondió el oficial indignado; — yo os enseñaré la buena crianza, mocito un día de estos.

—Gracias — replicó Sam; — yo haré lo mismo con vos; quitaos el sombrero.

Al decir esto, Sam lanzaba de un puñetazo el sombrero de Mr. Namby al otro extremo de la habitación, y fué hecho con tal violencia, que el mondadientes estuvo á punto de tomar el mismo camino.

—Observad esto, Mr. Pickwick — exclamó el oficial desconcertado y recobrando aliento; he sido atacado en vuestra habitación por vuestro criado en el ejercicio de mis funciones; os tomo por testigo.

—No seáis testigo de nada, señor; cerrad los ojos fuertemente — dijo Sam; — yo lo arrojaría por la ventana, pero es que no caería muy lejos á causa del plomo.

—¡Sam! — exclamó Mr. Pickwick mientras su criado hacía varias demostraciones de hostilidad; — si hablas una palabra más, si causas la menor molestia á esta persona, te despido inmediatamente.

—Pero, señor...

—Calla y recoge el sombrero.

A pesar de la severa reprensión de su amo, Sam reshusó decididamente recoger el sombrero; y como el oficial del sheriff tenía prisa, se decidió á levantarlo él mismo. No lo hizo sin lanzar contra Sam un diluvio de amenazas, que éste recibía con la mayor tranquilidad, contentándose con observar que si Mr. Namby se volvía á poner el sombrero, se lo enviaría de un sopapo á las Indias. Mr. Namby, creyendo que semejante operación podría causar algún desperfecto en su persona, no quiso exponer á su adversario á tan gran tentación, y poco después llamó á Mr. Smouch.

Informándole de que la captura estaba hecha, y que sólo era preciso esperar á que el preso se vistiera, Namby se fué pavoneándose y subió á su vehículo; Smouch suplicó á Mr. Pickwick que *no se durmiera*, puso una silla junto á la puerta, y permaneció sentado allí, hasta que nuestro héroe se vistió.

Sam fué en busca de un coche de plaza, en el cual el triunvirato se trasladó á la calle de Coleman. El trayecto no era largo felizmente, porque además de que Mr. Smouch no tenía un trato muy agradable, su presencia se hacía muy molesta á causa de la debilidad física de que hablamos antes.

El coche entró en una calle muy sombría y muy estrecha, y se detuvo delante de una casa, cuyas ventanas estaban todas llenas de rejas; en la muralla se veía un cartel que decía: *Namby, oficial de los sheriffs de Londres*. Se abrió la puerta, y Mr. Pickwick fué introducido en la sala del café.

Esta sala del café era notable principalmente por la arena fresca que cubría el piso y por el olor de tabaco que perfumaba el aire. Mr. Pickwick saludó al entrar á tres personas que había allí, y habiendo mandado á Sam en busca de Mr. Perker, se retiró á un rincón obscuro y de allí miró con curiosidad á sus nuevos compañeros.

Uno de éstos era un joven de diez y nueve á veinte años, que bebía aguardiente y ginebra y fumaba un cigarro; frente á él estaba un joven de treinta años, poco más ó menos, grueso, vulgar, de rostro amarillo, de voz dura y poseedor indudablemente de esos modales des-envueltos y libertinos que se adquieren en los cafés y en los billares. El tercer prisionero era un hombre de cierta edad, vestido con un traje negro muy viejo; su rostro era pálido y siniestro, y recorría incesantemente la habitación, deteniéndose de tiempo en tiempo para mirar por la ventana con mucha inquietud, como si hubiera esperado á alguno; después volvía á pasear.

—Haréis bien en aceptar mi navaja de afeitar, mister Ayresleigh — dijo el joven pálido guiñando el ojo á su amigo el mozalvete de diez y nueve años.

—No, gracias, no la necesito; espero estar libre dentro de una hora ó dos, — replicó el otro con precipitación; después, yendo á la ventana y volviendo desconcertado, suspiró profundamente y salió de la habitación. Los otros dos rieron fuertemente.

—¡No he visto nunca un farsante como ese! — dijo el caballero que había ofrecido la navaja, y cuyo nombre parecía ser Price. — ¡Jamás!

Y confirmó este aserto con un juramento, lo cual

fué imitado por el joven, que le miraba evidentemente como un modelo acabado.

—¿Creeréis — continuó Price volviéndose hacia mister Pickwick, — que ese pobre hombre que está aquí hace ocho días, no se ha afeitado una sola vez? Se cree tan seguro de salir dentro de media hora, que prefiere esperar á encontrarse en su casa.

—¡Pobre hombre! ¿y tiene efectivamente probabilidades de verse libre?

—¿Probabilidades? ni una siquiera. Yo no doy un ochavo por la probabilidad que tiene de salir dentro de diez años.

Mr. Price, al decir esto, sacudía sus dedos. Un instante después tiró de la campanilla.

—Traedme papel, Crookey — dijo al criado. — Un vaso de ponche, Crookey. Voy á escribir á mi padre, y necesito estimulante.

Es inútil decir que el joven se pasmó al oír estas palabras.

—No hay que dejarse abatir. Esto es divertido.

—¡Famoso! — dijo el joven.

—Tenéis aplomo — dijo Mr. Price. — ¿Habéis visto el mundo?

—Un poco — replicó el joven.

Lo había visto al través de los vidrios sucios de un café.

A Mr. Pickwick le repugnaba el diálogo de aquellos dos hombres, lo mismo que sus maneras. Iba á preguntar si no era posible tener una habitación particular, cuando vió entrar dos ó tres personas desconocidas, de apariencia respetable. Al verlas, el joven tiró al fuego su cigarro, y dijo en voz baja á Mr. Price que venían á ponerle en libertad; después se retiró con ellos junto á una mesa, al otro extremo de la sala.

Parecía, sin embargo, que no ponían en libertad al joven tan pronto como él creía; porque siguió una larga conversación, de la cual Mr. Pickwick no pudo menos de oír algunos pasajes, concernientes á la conducta disoluta y á los perdones repetidos. Al fin, el más viejo de los tres desconocidos hizo alusiones muy claras á la calle de Whitecross, donde está la prisión por deudas, á cuyo nombre, el joven, á pesar de su aplomo y conocimiento del mundo, apoyó la cabeza en la mesa y se puso á llorar lastimosamente.

Muy satisfecho de haber visto abatirse tan pronto el tono y la arrogancia del joven, Mr. Pickwick tocó la campanilla y fué conducido á una habitación particular, adornada con un tapiz, una mesa y muchas sillas, con un espejo y algunas láminas viejas. Allí, mientras le apar-

taban el almuerzo, tuvo ocasión de oír tocar el piano á mistress Namy, y cuando llegó el almuerzo, mister Perker llegó también.

— ¡Ah! ¡ah! — dijo el pequeño procurador. — ¡Empaquetado al fin! Vamos, vamos. No lo siento mucho, porque vuestra conducta imprudente es la causa; yo he anotado la suma de gastos y costas, y es preciso arreglar esto sin pérdida de tiempo. Namy debe estar de vuelta á esta hora. ¿Queréis escribir un pedimento, ó queréis que yo lo haga?

Al decir esto, Perker se frotaba las manos con afectada alegría; pero notando el ademán de Mr. Pickwick, no pudo ménos de echar á Sam una mirada de desaliento.

— Perker — dijo Mr. Pickwick, — os suplico que no me habléis de eso. Yo no veo la conveniencia de estar aquí; así es que iré á la prisión esta tarde.

— No podéis ir á Whitecross — exclamó el procurador. — ¡Imposible! Hay sesenta lechos en cada dormitorio.

— Yo preferiría ir á cualquiera otra prisión. Si no, allí me arreglaré lo mejor que pueda.

— Podéis ir á la prisión de la calle Fleet, si os determináis á ir á alguna parte.

— Bien; iré en cuanto almuerce.

— Poco á poco, amigo mío — dijo el procurador. — No hay necesidad de ir tan aprisa á un sitio de donde tantos quieren salir tan pronto. Primero es preciso que tengamos un *habeas corpus*. No habrá jueces en los tribunales hasta después de las cuatro. Esperaremos hasta entonces.

— Muy bien — dijo Mr. Pickwick con una paciencia inquebrantable. — Entonces, comeremos aquí á las dos una chuleta. Encargaos de eso, Sam, y que sea puntual.

Mr. Pickwick permaneció inmutable á pesar de las observaciones de Mr. Perker; las chuletas vinieron y desaparecieron pronto. Después se esperó por espacio de una hora ó dos á Mr. Namy, que tenía personas distinguidas en su mesa y no podía molestarse por ningún pretexto. Por último, Mr. Pickwick entró con él y mister Perker en un coche que los transportó á Chancery-Lane.

Había dos jueces de servicio en Serjeants' Inn, uno del banco del rey, otro del juzgado. Cuando Mr. Pickwick y sus acólitos llegaron á la arcada por donde se entra á Serjeants' Inn, Mr. Perker fué detenido algunos minutos para parlamentar con el cochero en la cuestión de paga, y Mr. Pickwick, apartándose á un lado para librarse de la corriente de los que entraban y salían, miró en torno suyo con curiosidad.

Los personajes que más llamaron su atención eran tres ó cuatro hombres de ademán á la vez pretencioso y miserable. Se quitaban el sombrero ante todos los procuradores que pasaban, y parecían estar allí para algún asunto, cuya índole no podía adivinarse mister Pickwick.

Era muy curioso observar á estos individuos. El uno era alto y cojo, con levita negra y raída y corbata blanca. El otro era gordo, igualmente vestido de negro, y su corbata, en otro tiempo negra, tenía un color rojo; el tercero era flaco y pequeño, de rostro vinoso y color encendido. Se paseaban con las manos á la espalda y alguna vez murmuraban dos ó tres palabras al oído de las personas que pasaban junto á ellos con paquetes de papeles. Mr. Pickwick se acordó de haberlos visto antes bajo la arcada, cuando pasó por allí, y experimentó una viva curiosidad de saber qué clase de gente era aquella.

Iba á preguntárselo á Mr. Namy, que estaba junto á él, cuando Mr. Perker vino muy apresurado á decirle que no había tiempo que perder, y se dirigió al interior de la casa. Mr. Pickwick se disponía á seguirle, cuando el cojo se acercó á él, se quitó políticamente el sombrero y le alargó un tarjeta escrita con pluma. Nuestro excelente amigo no quiso desairar al desconocido, aceptó graciosamente el papel, y lo metió en el bolsillo de su chaleco.

— Ya estamos — dijo Mr. Perker volviéndose para ver si sus compañeros estaban junto á él antes de entrar en las oficinas. — Por aquí, amigo mío. ¡Eh! ¿qué queréis?

Esta última pregunta era dirigida al cojo, que se había unido á los tres, sin que Mr. Pickwick lo notara. Por toda respuesta, el cojo se quitó el sombrero con mucha política, y señaló al filósofo.

— No, no — dijo Perker sonriendo; — no necesitamos de vos.

— Perdonadme, caballero, este señor ha tomado mi tarjeta. Espero que me emplearéis. El señor me ha hecho un signo. Consiento en ser juzgado por él mismo. Me habéis hecho un signo.

— ¡Bah! ¡bah! ¡locura! Vos no habéis hecho signos á nadie, Pickwick; es un error.

— Este señor me ha dado una tarjeta — dijo mister Pickwick sacándola del bolsillo. — Yo la he aceptado, como él parecía desear. La verdad es que tenía mucha curiosidad de mirarla; yo...

El procurador soltó una carcajada, y dando la tarjeta al cojo, le dijo que había sido un error. Después, mien-

tras aquel hombre se retiraba de muy mal humor, dijo á media voz á Mr. Pickwick que era simplemente una fianza.

—¿Una qué...? — preguntó Mr. Pickwick.

—Una fianza.

—¡Una fianza!

—Sí, mi querido amigo; hay aquí media docena. Os sirven de fianza á cualquier precio, y no reciben más que una media corona. Un curioso oficio, ¿eh? — dijo Perker tomando un polvo de tabaco.

—¡Cómo! — exclamó Mr. Pickwick, sorprendido de aquel descubrimiento; — ¿debo creer que estos hombres se hacen una renta jurando en falso ante los jueces por una media corona?

—En cuanto á jurar en falso... no sé... es una frase severa, muy severa... Es una ficción legal y nada más.

Al decir esto, el procurador entró en la oficina del pasante del juez.

Era una habitación de una apariencia esencialmente sucia, cuyo techo era muy bajo; las paredes estaban cubiertas de viejas tapicerías. Estaba tan mal alumbrada, que aun en pleno día ardían velas sobre la mesa. A un extremo se abría una puerta que conducía á la habitación del juez, y junto á ella se encontraban reunidos una multitud de procuradores y escribientes que iban entrando por orden. Cada vez que esta puerta se abría para dejar entrar un grupo, otro grupo se precipitaba dentro; y como los que habían visto al juez mezclaban sus discusiones bastante íntimas á los ruidosos diálogos de los que no le habían visto aun, resultaba una algarabía tan grande que parecía imposible en un espacio tan reducido.

Sin embargo, estas conversaciones no eran el único ruido que molestaba las orejas. En pie, sobre una caja, detrás de una barrera de madera, al otro extremo de la habitación, estaba un escribiente armado de espejuelos, que recibía las declaraciones; y de tiempo en tiempo, otro escribiente llevaba enormes paquetes á la habitación del juez para que los firmara. Había un gran número de pasantes que debían prestar juramento, y como era imposible tomarles á todos juramento de una vez, los esfuerzos de aquellos caballeros para acercarse al de los espejuelos eran semejantes á los de la multitud que asedia las puertas del paraíso de los teatros, cuando Su Majestad lo honra con su presencia. Otro funcionario ejercitaba amenudo la fuerza de sus pulmones en llamar por su nombre á los que habían prestado juramento, para devolverles sus certificados cuando fueran despachados por el juez, lo cual ocasionaba nuevas

luchas; y todas aquellas cosas, pasaban al mismo tiempo formando el bullicio que puede desear la persona más activa. Había además otra clase de individuos que no era menos ruidosa; eran los que acudían á las conferencias pedidas por sus patronos. El procurador de la parte contraria podía ir ó no, según su gusto; y los pasantes en cuestión no tenían más trabajo que gritar de tiempo en tiempo el nombre del procurador contrario, á fin de asegurarse de que no estaba allí.

Junto al asiento de Mr. Pickwick estaban apoyados contra la pared dos pasantes, de los cuales uno tenía voz de bajo y otro de tenor.

Otro pasante entró con un paquete de papeles y se puso á mirar en torno suyo.

—Sniggle y Blink, — dijo el tenor maullando.

—Porkin y Snob, — dijo el bajo mugiendo.

—Stumpy y Deacon, — exclamó el recién venido.

Nadie respondió, y el primer individuo que entró después de esto, fué saludado tres veces y gritó otros nombres.

Después otro personaje vociferó á su vez, y así sucesivamente.

Entre tanto, el de los espejuelos trabajaba en hacer jurar á los pasantes. Su juramento era administrado sin ninguna especie de puntuación, y ordinariamente en los términos siguientes:

«Tomad el libro en la mano derecha; este es vuestro nombre y vuestra escritura; en el nombre de Dios, juráis que el contenido de vuestra presente declaración es verdad; un shilling es preciso que busquéis, dinero no tengo.»

—Sam, — dijo Mr. Pickwick, — supongo que se prepara el *habeas corpus*.

Sam parecía imaginarse que un *habeas corpus* era una máquina destructora; pero no podemos decir por qué creía tal cosa porque en aquel momento volvió Perker al lado de Pickwick.

Hechas las formalidades ordinarias, fué confiado el cuerpo de Samuel Pickwick á la custodia de un uger, para ser entregado al gobernador de la prisión de la Flote y retenido allí hasta que la cuenta de los gastos del proceso Bardell contra Pickwick fuera pagada y saldada.

—No será muy pronto, — dijo Mr. Pickwick riendo; — Sam, trae un coche; Mr. Perker, amigo mío, adiós.

—Quiero ir con vos, para veros establecido con seguridad.

—Prefiero estar solo con Sam; en cuanto me encuentre establecido, os escribiré para deciroslo, y os espero

inmediatamente; hasta luego.

Dicho esto, Mr. Pickwick subió al coche que acababa de llegar; el ugiar le siguió y Sam se colocó en el asiento.

—He aquí un hombre como hay pocos, — dijo mister Perker deteniéndose para ponerse los guantes.

—¡Qué gran banquero hubiera sido para una quiebra! — dijo Lowten, que se encontraba junto á él. — ¡Cómo hubiera jugado con los comisarios! Si le amenazaban con encarcelarle, los hubiera desafiado.

El procurador no pareció muy complacido de la manera profesional con que Lowten había juzgado el carácter de Mr. Pickwick; se alejó sin dignarse responderle.

El coche de Mr. Pickwick se arrastró á lo largo de la calle de Fleet. Los caballos iban mejor, decía el cocherero, cuando tenían otro coche delante (habían de llevar un paso extraordinario, como no lo tenían). Por consiguiente, el cocherero los hizo andar aquel día detrás de una carreta; cuando la carreta se detenía el coche se detenía, y cuando la carreta andaba, el coche andaba también. Mr. Pickwick estaba sentado frente al ugiar y el ugiar estaba sentado con su sombrero en las rodillas, silbando y mirando por la portezuela.

El tiempo hace milagros, y con ayuda de aquel poderoso viejo, un coche de plaza puede recorrer una milla de distancia. Volviendo á la izquierda, entraron por una puerta á un vestíbulo, en el extremo del cual había otra puerta que conducía al interior de la prisión; esta se hallaba guardada por un vigoroso carcelero que tenía un manajo de llaves en la mano.

El *trío* se detuvo bajo el vestíbulo, mientras el ugiar entregaba sus papeles; y Mr. Pickwick supo que había de estar allí hasta que se verificara la ceremonia de tomarle la filiación.

Mr. Pickwick accedió á la invitación del carcelero, y cuando se hubo sentado, Sam se apoyó en la espalda de la silla y le dijo en voz baja que *tomar la filiación* equivalía á sujetarse á una inspección de carceleros, á fin de que pudieran distinguir á los prisioneros de los que venían á visitarles.

—Deseo que vengan de una vez, — dijo Mr. Pickwick.

—No tardarán, señor, tranquilizaos; he aquí un reloj de pesas, señor.

—Ya lo veo.

—Y una jaula de pájaros; una prisión dentro de otra prisión; ¿no es verdad?

Mientras Sam daba curso á sus reflexiones filosófi-

cas, Mr. Pickwick notaba que la sesión había principiado. El vigoroso carcelero se había sentado no lejos de nuestro héroe y le miraba negligentemente de tiempo en tiempo, mientras que un hombre alto y delgado, puesto delante de él con las manos en los bolsillos, le examinaba á sus anchas.

Un tercero que tenía cara de mal humor y acababa sin duda de levantarse de la mesa, porque comía aún una tostada de pan con manteca, se había colocado junto al filósofo, y apoyando las manos en las caderas, le contemplaba minuciosamente; en fin, otros dos individuos estudiaban las facciones con mucha atención.

Mr. Pickwick se estremeció muchas veces durante esta ceremonia, mientras la cual parecía muy incómodo en su asiento; pero no lo dijo á nadie, ni aún á Sam, que inclinado sobre el respaldo de su silla, reflexionaba sobre la situación de su amo, y además sobre la satisfacción que hubiera experimentado atacando uno después de otro á todos los carceleros presentes, si fuera cosa legal y conforme á la paz pública.

Cuando la filiación fué terminada, dijeron á mister Pickwick que podía entrar en la prisión.

—¿Dónde dormiré esta noche? — preguntó.

—En verdad, no lo sé, — respondió el carcelero; — lo que es por esta noche... mañana se os pondrá con alguno, y entonces ya estaréis más cómodo; la primera noche es fácil pasarla al aire libre; pero todo se arregla al siguiente día.

Después de algunas discusiones, se descubrió que algunos carceleros tenían un lecho que alquilar para la noche, y Mr. Pickwick lo arregló con premura.

—Si queréis venir conmigo, voy á enseñároslo inmediatamente, — dijo el hombre; — no es muy grande, pero se duerme bien en él; por aquí, caballero.

Atravesaron la puerta interior y bajaron una pequeña escalera; la puerta fué cerrada tras ellos, y mister Pickwick se encontró por la primera vez de su vida en una prisión por deudas.